

Leer a Dmitri Shostakovich, oír a Julian Barnes *

Jorge Sanz Barajas

Profesor de Literatura Española. Colegio "El Salvador" (Zaragoza)

E-mail: jsanz@jesuitaszaragoza.es

La narrativa de Julian Barnes no es apta para quien solo busca en las letras trivialidad y entretenimiento; sus últimos libros parecen empeñados en hurgar allí donde moran las enfermedades incurables de la modernidad: cómo vivir el duelo, la pérdida y el vacío (*Niveles de vida*, 2014); cómo vivir el remordimiento, el envejecimiento, el persistente repiqueteo de la memoria (*El sentido de un final*, 2013); cómo respirar en medio del miedo a la muerte (*Nada que temer*, 2008). El celebrado autor de *El Loro de Flaubert*, cuyas letras han hecho reír desde mediados de los ochenta a medio mundo, lleva tiempo empeñado en ese sutil arte de congelar emociones que se deshacen en la lectura con la vívida sensación de que están recién cogidas del árbol de las letras. Tras la muerte de su esposa Pat Kannavagh en 2008, su espina



dorsal ha cambiado. Son otros los motivos que le ocupan, son otras las inquietudes que desgrana en sus libros.

* J. BARNES: *El ruido del tiempo*, Anagrama, Barcelona 2016, 208 pp. ISBN: 978-84-339-7955-1.

Pero hay ciertas melodías que se van recogiendo como *leit motiv* de libro a libro. A mi juicio, *El ruido del tiempo* (Anagrama, 2016) continúa el aria inicial con que empezaba *Niveles de vida*. Me explicaré. Allí recogía una declaración del físico francés Jacques Charles en 1783 explicando la experiencia de elevarse de la tierra en globo: “Me oía vivir”, dijo. Y aclaró que no sintió placer sino felicidad, algo así como un “sentimiento moral”. Sarah Bernhardt contaba que más allá de las nubes no hay silencio sino “la sombra del silencio”, y Felix Tournachon “Nadar” contaba que era allí donde todo se disipaba y brotaba el perdón, la sensación de que todo lo terrenal perdía su peso.

El ruido del tiempo no es una biografía sobre Dmitri Shostakovich, a pesar de que podría parecerlo. Barnes aprovecha unos jugosos materiales que le proporciona su biógrafa oficial Elizabeth Wilson (*Shostakovich: A Life Remembered*. Princeton University Press, 1994) y las memorias del compositor, narradas por Solomon Volkov (1979) para construir un relato sobre la cobardía. Se trata de una ficción en tres actos, titulados según el espacio en el que se desarrollan: “En el rellano”, “En el avión”, “En el coche”. La narración empieza en el rellano de su casa, donde

Shostakovich espera de pie con un cigarro entre los dedos y la maleta preparada, noche tras noche, la llegada de los agentes que probablemente le acompañen al calabozo, antesala de un campo de trabajo o quizá de un tiro en la nuca. Ha estrenado su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk*, es enero de 1936 y en Pravda ha aparecido una reseña plagada de faltas de ortografía bajo el título “Bulla, en vez de música” que algunos atribuyen al propio Stalin. No quiere incomodar a su familia, trastornar el sueño de sus hijos Galina y Galia, alterar a su esposa Nita. Dmitri no sabe cuándo empezó todo, pero sabe que nunca empieza en un punto concreto: los fantasmas de la creación nacen bajo mil formas y en miles de momentos. No es consciente de su culpa, pero sabe que la música que gusta al poder debe ser “optimista”, “melódica”, “Lineal”; debe carecer de misterio, de preguntas, de dudas. Claridad y poder son palabras que pretenden caminar juntas en cualquier dictadura.

La vida de Dmitri Shostakovich no vale más que la pieza que constituye su música dentro de la inmensa maquinaria soviética. Cualquier atisbo de duda es castigado con la muerte. La oscuridad, la interrogación sin respuesta de manual, la pasión individual se

consideran enfermedades. Del mismo modo que Hitler mandó a Pavel Haas, Hans Krasa o Viktor Ullmann a los campos de exterminio y consideró su música como “arte degenerado”, Stalin hizo lo propio en los tristemente célebres meses de 1937 en que 700.000 rusos fueron asesinados y un millón y trescientos mil acabaron en campos de concentración. La generación de artistas como Babel, Ajmátova, Tsvetaieva, Bulkakov, Mandelshtam, Pasternak o Pilniak fue segada y su memoria, eliminada de la historia durante décadas. Lo narra con detalle Karl Schlögel en *Terror y utopía: Moscú en 1937*.

Pero el azar se alía con Shostakovich. Porque no es otra cosa sino un golpe de suerte lo que le salva de un proceso seguro y una ejecución inevitable. Y es otra carambola la que acontece con su Quinta Sinfonía, en la que no era difícil adivinar timbres mahlerianos y una discordante burla al poder. Sin embargo, alguien subtitula esta sinfonía -no es Shostakovich, como la leyenda sostiene- “Respuesta de un artista soviético a unas críticas justas”. A partir de esta eventualidad, la vida de Shostakovich se moverá entre el terror, la autocompasión y el autodesprecio, las tres emociones que sostienen la cobardía:

“No es fácil ser un cobarde. Ser un héroe es era mucho más fácil que ser un cobarde. Para ser un héroe solo tenías que ser valiente un momento [...] Pero ser un cobarde era embarcarse en una carrera que duraba toda la vida. Nunca podías relajarte. Tenías que prever la próxima vez que tendrías que disculparte, titubear, achantarte, volver a familiarizarte con el sabor de las botas de caucho y el estado de tu propio personaje caído, abyecto. Ser un cobarde requería obstinación, perseverancia, una negativa a cambiar, lo cual en cierto modo, constituía una especie de valentía. Sonrió para sus adentros y encendió otro cigarrillo. Aún no había perdido los placeres de la ironía”.

La ironía: el último refugio que le queda a Dmitri ante el poder. Para mantenerse vivo, tendrá que soportar un humillante viaje a Estados Unidos donde deberá condenar públicamente la música de Stravinsky, al que en realidad adora. Años después firmará cartas de condena a Soljenitshin y Sajarov, a los que aprecia infinitamente. Dmitri, neurótico, tímido, neurasténico, inestable, pusilánime, obsesivo y genial, solo cabe en la palabra ironía. Se pregunta hasta qué punto se le permite a un compositor hacer música mala: él es consciente de que parte de sus composiciones son pura por-

quería. Debe incluso cambiar el título de su ópera *Lady Macbeth de Mtsensk* por el de *Katherina Ismailova* para poderla ver de nuevo en escena, y aún así recibe condenas. Es obligado a asumir la presidencia de la Asociación de Compositores Soviéticos, con la consiguiente y obligada afiliación al Partido. Asume ante el despreciable Jrushev que no es más que un gusano... La última ironía, concluye, es que al permitirle vivir, en realidad le habían matado.

La obra de Barnes es una aguda reflexión sobre el arte y su papel en la historia: "El arte es el susurro de la historia, que se oye por encima del tiempo. El arte no existe por amor al arte; existe por el bien de la gente. Pero ¿Qué gente y quién la define?". Barnes defiende algo valiente. El arte no tiene por qué hablar, tampoco debe callar; el arte juega en un espacio cuyas reglas solo conoce el artista: trabaja a contracorriente, a contratiempo, a contrapelo. El tablero de ajedrez en que juega el artista de verdad, siempre le ofrece una jugada ganadora. Shostakovich observa con envidia insana los agasajos a Stravinsky en su visita a la URSS allá por 1962 después de que su música y su persona hubieran sido despreciados bajo la etiqueta de producto de consumo capitalista. Su admiración alcanza límites

insospechados en el momento en que uno de los críticos que le vilipendió en el pasado se acerca a estrecharle la mano con una sonrisa hipócrita y Stravinsky le ofrece el pomo de su bastón. Él nunca pudo o supo hacer algo así, pero su música alcanzó las mismas cotas de sublime calidad y relevancia que las del maestro de Oranienbaum. La cobardía llega a ser una virtud "cuando se persevera en lo abyecto", porque como virtud le permitió seguir vivo y componer más allá de lo imaginable. Y vivió la muerte de Stalin. Prokofiev no: falleció cincuenta minutos antes que el tirano. La humillación conlleva a veces ciertos placeres inconfesables. Extraño pero tan cierto como que el tiempo tiene su música, y su ruido.

La prosa introspectiva de Barnes, ese lenguaje que fluye y se encadena a la sintaxis como un guante de raso, casi transparente, hacen de su lectura una delicia. En el mundo anglosajón ha desencadenado opiniones dispares: hay quien piensa que es demasiado claustrofóbica y que Barnes camina por unos derroteros demasiado asfixiantes; hay quien cree que es su gran obra maestra. En cualquier caso, es un libro excepcional que nos puede acercar a la complejidad de la obra de Shostakovich, tan cercano al poder cuando más alejado estaba

de sí mismo, como incisivo en una música vibrante y soberbia, impropia de un pusilánime, caso de que lo fuera. Propia, sin duda, de un superviviente.

En sus últimos cuartetos abunda la glosa “morendo” (muriendo) para explicar su ejecución. Tras leer a Barnes, entendemos que un hombre que empieza a morir con treinta y dos años y emplea treinta y ocho años más en conseguirlo, no puede dejar indiferente a na-

die. Y si después les da por leer la biografía de Wilson, las memorias narradas por Volkovo las entrevistas con sus hijos a cargo de Mijail Ardov, les alabaré el gusto. Y si tienen a mano una buena edición de los cuartetos, la del cuarteto Fitzwilliam, por ejemplo (para gustos, los colores), pues tanto mejor. Pero no se pierdan a Barnes, se lo ruego. Como siempre, gran trabajo de Jaime Zulaika en la traducción. ■

SALTERRAE



GEORGE AUGUSTIN (ed.)

La fuerza radiante de la fe

*Identidad y relevancia
del ser cristiano hoy*

168 págs.

P.V.P.: 10,00 €

¿Cómo podemos crear las condiciones para revitalizar y profundizar la fe en un mundo cada vez más secularizado? ¿Cómo llegan las personas a una relación viva con Dios? ¿Qué actitudes fomentan el compromiso cristiano? ¿Qué puede liberarnos de la apatía, el letargo y la resignación que tantas veces experimentamos actualmente? Desde diversas perspectivas, las aportaciones de este libro muestran caminos en los que hoy podemos vivir el encuentro con Jesucristo y la fuerza del evangelio, y hallar una alegría nueva en Dios y en nuestra fe.



Apartado de Correos, 77 - 39080 Santander (ESPAÑA)
pedidos@grupocomunicacionloyola.com
